

## X

Aquel día, á la una Jorge y Luisa acababan de almorzar, como la víspera de irse él. Pero no pesaba ya sobre ellos la calma cálida: las ventanas estaban abiertas al sol de Octubre, y ya pasaban ciertas brisas otoñales. La luz era pálida, y por la tarde ya gustaba el paletot. Tonos amarillos empezaban á notarse en el verdor.

—¡Qué bien se encuentra uno en su nidol—dijo Jorge, extendiéndose en la *voltaire*.

Contó su viaje á Luisa. Había ganado mucho dinero. Traía datos para una buena Memoria, y había hecho amigos entre aquella buena gente del Alentejo. Habían concluido las solanas, las cabalgatas por los montes, los cuartos de posada, y estaba, al fin, en su casita. Como la víspera de su marcha, fumaba su cigarro, atusándose el bigote, porque se había quitado la barba. Esta fué la gran sorpresa de Luisa cuando le vió. El la dijo que tuvo un furúnculo en la mejilla, y que con el calor...

—¡Pero qué bien te está!—le dijo ella.

Jorge la llevó, como regalo, seis platos de China antiquísimos, con mandarines jorobados, suspendi-

dos majestuosamente en el azulado espacio; una preciosidad que descubrió en casa de unas viejas miguelistas en Mértola. Luisa las colocó escénicamente en las tablas del aparador, y de puntillas, con la cola de la bata extendida atrás, la masa del rubio cabello un poco clara en las sienas, le pareció a Jorge más esbelta, más irresistible, y nunca se le fueron los brazos a su cintura como entonces.

—La última vez que almorcé aquí, antes de irme, fué domingo, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo—dijo Luisa sin volverse y colocando con mucho cuidado un plato.

—Y a propósito—dijo Jorge de pronto—. ¿Vino tu primo? ¿Vino a verte?

El plato escurrió y hubo un «tin-tin» de copas.

—Sí, vino—dijo Luisa después de una pausa—. Estuvo aquí alguna vez, pero se detuvo poco.

Se bajó, abrió el cajón del aparador y se puso a revolver las cucharas de plata; se volvió al fin, muy encarnada, y dijo sacudiendo las manos:

—¡Listo todo!

Y fué a sentarse en las rodillas de Jorge.

—¡Qué bien te está!—le decía retorciéndole el bigote.

Le miraba ardientemente y tuvo un deseo de adorarle siempre, de servirle, de apretarle entre sus brazos hasta hacerle daño, de obedecerle humildemente; era una sensación múltiple, de una infinita dulzura que llegaba hasta lo hondo de su sér.

Le pasó el brazo por el cuello y murmuró con un movimiento de adulación lasciva:

—¿Estás contento? ¿Te sientes bien? Dímelo.

Nunca le pareció tan guapo y tan bueno. Su persona, después de aquella separación, la producía admiración y como una pasión nueva.

—Ahí está el señor don Sebastián—dijo Juliana, dirigiéndose a Jorge y sonriendo.

Jorge dió un grito, apartó bruscamente a Luisa y salió al corredor diciendo:

—¡Ven a mis brazos, tunante!

\*  
\* \*

A los pocos días, una mañana que Jorge salió para ir al ministerio, Juliana entró en el cuarto de Luisa, y cerrando despacio la puerta, dijo con tono muy amable:

—Quisiera decir una cosa a la señora...

Y empezó a decir que en su cuarto se estaba peor que en una pocilga, y que no podía continuar en él: el calor, los chinches, la falta de aire, y en el invierno la humedad, la mataban; por fin, que deseaba quedarse abajo, en el cuarto de los baúles.

Este cuarto tenía una ventana en el festero; era alto y espacioso. Se guardaban allí los dibujos de Jorge, sus maletas, sus paletots viejos y los venerables baúles del tiempo del abuelo, de color rojo, con guarnición amarilla.

—¡Estaré allí como en el cielo, señora!

—Pero, ¿dónde se iban a poner los baúles?

—Arriba, en mi cuarto.—Y añadió con una sonrisita:—Los baúles no son personas, no sufren...

Luisa contestó un poco cortada:

—Bueno, yo veré... hablaré al señorito.

—Cuento con la señora.

Pero apenas aquella tarde explicó Luisa á Jorge la ambición de aquella pobre, él dió un salto.

—¡Qué! ¿Mudar los baúles? ¡Está local!

Luisa insistió, sin embargo; era el sueño de aquella criatura desde que estaba en la casa. Procuró ablandarle. ¡Nadie imaginaba lo que era el cuarto de aquella pobre mujer! El olor apeataba, los ratones pasaban por encima de su cuerpo, el papel estaba roto y llovía dentro; llevaba allí pocos días, y ya estaba delicada...

—¡Santo Dios! ¡Eso es lo que contaba mi abuela de los calabozos de Almeida! Múdala, múdala deprisa, hija, y lleva mis hermosos baúles á la buhardilla.

Cuando Juliana supo el favor, dijo:

—¡Ay, señora, qué vida me da! Dios se lo pague, porque yo no tenía salud para vivir en un camaranchón como aquel.

Se quejaba por entonces con frecuencia; estaba lívida, con las mejillas un poco rosadas; tenía días de una tristeza uegra y de una excitabilidad nerviosa; los pies no la dejaban descansar. ¡Ah! necesitaba mucho cuidado, pero mucho.

Por eso, á los dos días, fué á pedir á Luisa que viese el cuarto de los baúles, y enseñándole el piso removido:

—Esto no puede estar así, señora: necesito una estera, ó no vale la pena de cambiar. Si yo tuviese dinero no molestaría á la señora, pero...

—Bueno, bueno; yo veré el medio de arreglarlo— dijo Luisa.

Y pagó la estera sin decir á Jorge nada. Pero la mañana que la llevaron, preguntó á Luisa qué eran aquellos rollos de estera que había en el pasillo.

Luisa rióse, le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Es porque Juliana me pidió, como una limosna, una estera, porque el piso está sin ladrillos ya. Qui-so pagarla, para descontar de su salario, y eso hubiera sido ridículo.—Y añadió compasivamente:— También son criaturas de Dios, y no esclavas...

—¡Bravo! Que no tarden los bronces y los espejos... Pero ¿qué cambio es éste, cuando no podías verla?

—¡Pobrecilla! dijo Luisa. — Reconocí que era buena mujer, y como he estado sola, la he ido apreciando más. No tenía compañía, y cuando estuve enferma...

—¡Qué! ¿Estuviste enferma?

—Tres días solamente; un resfriado. Pues bien, no se separó de día ni de noche de mi lado.

Luisa temió que Jorge hablase de su enfermedad, y que desprevenida Juliana, negara. Por eso, al obscurecer, la llamó á su cuarto.

—He dicho al señorito que me hizo usted mucha compañía cuando tuve una indisposición.

Y su semblante se coloreó al decirlo.

Juliana sonrió de la complicidad.

—Entendido, señorita; pierda usted cuidado.

Al día siguiente, Jorge, después del café, dijo bondadosamente á Juliana:

—Ya sé que acompañó usted á la señorita.

—Hice mi deber, señor—replicó inclinándose.

—Bien, bien—exclamó Jorge, y la gratificó con media libra esterlina.

—¡Bueno va!—murmuró Juliana.

Aquella mañana empezó á quejarse de que la ropa en su baúl se le apolillaba. Si ella tuviera dinero no importunaría, pero... Y declaró que le hacía falta una cómoda.

Luisa con ira, dijo, levantando la vista del bordado:

—¿Una cómoda?

—Sí, señora.

—Pero tiene usted poca ropa—objetó Luisa, que, cansada y humillada, regateaba ya las condescendencias.

—Es cierto, señora—replicó Juliana;—mas pienso redondearme ahora.

La cómoda se compró en secreto y se introdujo en la casa fraudulentamente. ¡Qué día más feliz para Juliana! Saboreaba el aroma de la madera nueva y pasaba la mano con temblor de caricia sobre el barniz. Forró los cajones y “comenzó á redondearse”.

Las semanas siguientes fueron tristes para Luisa, Juliana entraba en su cuarto por las mañanas, y empezando á arreglar, decía de pronto con quejumbrosa voz:

—¡Estoy tan falta de camisas!... Si la señora pudiera ayudarme...

Luisa abría sus repletos cajones y apartaba sus camisas más usadas. Tenía la ropa blanca por docenas, con preciosas marcas, y saquitos perfumados. Juliana llegó á pedir como de derecho:

¡Qué bonita camisa!... ¿La señora no la quiere, verdad?

—Tómela usted—decía con orgullosa sonrisa Luisa, por no mostrarse violentada.

Por las noches, Juliana, sentada en la estera, con la luz sobre una silla, cambiaba las marcas de la ropa, poniendo con hilo rojo sus iniciales con grandes letras, J. C. T. (Juliana Conceiro Tavira).

Aquello acabó porque estaba repleta de ropa blanca.

—Si la señora quiere ayudarme ahora con algo para la calle...

Y Luisa comenzó "á vestirla."

La dió un vestido de seda, granate, y una blusa de casimir negro con bordados de *soutache*. Recelando que Jorge lo conociese mandó teñir de castaño el vestido y le puso guarniciones de terciopelo.

Un día dijo Jorge sonriendo:

—Esta Juliana prospera á ojos vistos.

Doña Felicidad lo advirtió también por la noche

—¡Qué *chic!* ¡Ni una criada de palacio!

—¡Pobrel! ¡Son cosas que ella aprovechal!...

Prosperaba en efecto: ponía en su cama sábanas de hilo, colchones nuevos y una alfombra á los pies de la cama. Los saquitos de Luisa pasaron á perfumar su ropa. Por último, un día festivo salió con moño muy bien peinado en vez de la redecilla de seda.

Juana se pasmaba ante aquellos lujos. Cierta día que Juliana estrenó una sombrilla, dijo con despecho delante de Luisa:

—Para unas todo; para otras nada...

Luisa acudió sonriendo:

—¡Qué tonterías! Yo soy la misma para todos.

Reflexionó, sin embargo; Juana podía desconfiar también, y haber oído *alguna cosa* á Juliana. Al día siguiente, para tenerla contenta, la regaló dos pañuelos de seda y dos mil reis para un vestido, sin rehusarla en lo sucesivo licencias para ir de noche á "casa de una tía."

Juana decía que la señora era un ángel, y en la calle habían advertido el lujo de Juliana. Se decía que tenía ahorros y se sabía lo del vestido nuevo. El mueblista decía indignado que allí había llo. Juliana dió explicaciones delante de la estanquera y de Paula.

—Dicen que tengo esto, aquello y lo de más allá. ¡Se exagera! Tengo mis comodidades, pero, ¿y de qué manera traté y cuidé á la tía sin descansar de

día ni de noche? Nada más que por eso he perdido mi salud y hagan lo que hagan no me pagan aquellos malos ratos.

Se justificó así la prosperidad de Juliana, y todos dijeron que como era familia agradecida tratábanla cual si fuera parienta.

Todas las criadas del barrio deseaban aquella ganga, contribuyendo á que se extendiese la fama de la casa del ingeniero y se crease una leyenda.

Jorge, atónito, recibía todos los días cartas de gentes que se ofrecían para criados.

Citaban las casas encumbradas de que habían salido, y pedían audiencia; sospechando ciertas cosas, mandó una doncella su retrato, y un cocinero llevó carta de recomendación del director general del ministerio.

—¡Cosa extraña!—decía Jorge.—¡Se disputan la honra de servirmel... ¡Cualquiera diría que me ha caído el premio gordol

Pero no daba importancia á aquello. Estaba ocupadísimo escribiendo su Memoria, y todos los días salía á las doce y volvía á las seis, con rollos de papeles y mapas, cansado, deseando comer y alegre.

Contó lo sucedido, un domingo por la noche. El Consejero opinó:

—Por el buen genio de Luisa, Jorge, en este saludable barrio, es lógico que la servidumbre menos favorecida por la suerte aspire á posición tan agradable.

—Opino lo mismo—dijo Jorge, dando alegremente á Luisa en la espalda.

La casa se volvía, en efecto, alegre. Juliana exigía que la comida fuese más abundante, y como era buena cocinera, vigilaba los fogones, probaba y enseñaba primores á Juana.

—Esta Juana es un portento—decía Jorge—se la ve crecer en disposición.

En medio de aquella prosperidad, Luisa sufría. ¿Hasta dónde llegaría la tiranía de Juliana? ¡Cómo la odiaba! La seguía á veces con mirada tan rencorosa, que recelaba se volviese súbitamente como herida por la espalda. Y la veía satisfecha, durmiendo sobre colchones como los suyos, pavoneándose con *su* ropa, reinando en *su* casa. ¿Era justo aquello, Dios mío?

Otras veces se irritaba, retorció los brazos, blasfemaba, se revolvía en su dolor como en las mallas de una red; pero no hallando solución á aquel problema, caía en áspera melancolía. Seguía con júbilo el creciente amarillear del rostro de Juliana, y esperábalo todo del aneurisma... ¿No estallaría cualquier día?

¡Y Jorge, dale con elogiarla!

La pesaba la vida. Veníanla por momentos, de pronto, deseos de huir y meterse en un convento. Su excitada sensibilidad la hubiera empujado á algún arranque melodramático, si no la retuviese su amor á Jorge. ¡Porque le amaba ahora con locura! Amábale con cuidados que nunca tuvo, con ímpetu de concubina. Tenía celos de todo, hasta del ministerio y la Memoria.

Ella misma se esforzaba por alimentar aquella pasión, hallando en ella la compensación de sus humillaciones. ¿Cómo había llegado á *aquello*? Porque siempre le había querido, cierto, pero no por modo tan exclusivo.

Al principio el recuerdo del *otro* pesaba constantemente sobre este amor, dejando hiel en cada beso, y un remordimiento en cada noche, más poco á poco se debilitó tanto aquel recuerdo, que, si por acaso volvía, no daba más triste amargor á la pa-

sión última, que el que un grano de sal puede dar á un torrente. ¡Qué feliz sería... sino fuera por esa infame!

—Sí; ¡aquella infame Juliana sí que se sentía feliz! A veces miraba en derredor de su cuarto con sonrisa de avaro; desdoblaba y sacudía los vestidos de seda; colocaba los batitas en fila, contemplándolas extática, y sobre las abiertas gavetas de la cómoda, contaba y recontaba la ropa blanca, acariciándola con mirada de dueña satisfecha.

—¡Cuánto tiene la *Piorrinhal*!—murmuraba.

—¡Ah! Ahora sí que estoy bien—decía á la tía Victoria.

—¡Ya lo creol! La casa no te produce un *conto de reis*; pero recuerda que te traje un par de regalos. Estás obligada á lo mismo... Una buena pieza de lino, un buen aderezo, buenas monedas... Y agradecida aún. ¡Aprovéchate, hija; aprovéchate!

Empezó á pensar que ya debía gozar.

Una mañana fría se quedó en cama hasta las nueve, con las maderas abiertas, que filtraban un hermoso rayo de sol sobre la estera. Después lo explicó secamente, diciendo que había estado adormilada. A los dos días de esto, eran las diez, y Juana fué á decir á Luisa:

—La señora Juliana está aún en la cama, y todo está por limpiar.

Luisa se aterró. ¡Qué! ¿Sufriría sus descuidos como había sufrido sus exigencias?

Fué al cuarto de Juliana.

—¿Aun no se ha levantado usted?

—Así me lo recomendó el médico—replicó insolentemente.

Y desde ese día, pocas veces se levantaba antes de la hora de servir el almuerzo. Luisa exigió á Juana que la sustituyera: sería por poco tiempo:

¡estaba tan malucha la pobre mujer! Y para tener contenta á la cocinera, la dió dinero para ayuda de un vestido.

Juliana empezó después á salir sin licencia, y cuando volvía tarde á comer, no se tomaba el trabajo de disculparse.

Un día no pudo contenerse Luisa, viéndola ponerse en el corredor los guantes negros:

—¿Va usted á salir?

—Sí, voy á salir. Todo queda arreglado; todo lo que es de mi obligación.

Y se marchó taconeando.

¡Ya no le faltaba más que hacer lo que no quería hacer la *Piorrinhal*!

Juana comenzó á murmurar. “La señora Juliana todo el día en la calle y yo me aguanto...”

—Si estuviera usted enferma, también haría lo que ella—decía Luisa, cuando percibía aquellos gruñidos.

Y la halagaba con vino de sobremesa.

Luisa estaba apurada. ¿Cómo acabaría todo aquello? Los descuidos de Juliana eran ya graves.

Para salir más pronto, apenas si hacía lo más esencial. Luisa era la que acababa de guardar la vajilla, quitaba muchas veces la mesa, y hasta subía ropa suya á la azotea para que se secase...

Un día Jorge á las cuatro vió la cama sin hacer y Luisa se apresuró á decirle que “Juliana había ido á casa de la modista...”

A los dos días eran las seis, y aun no había ido para servir la comida. “Ha ido á casa de la modista...”, dijo también Luisa.

—Pues si Juliana está sólo para ir á casa de la modista, hay que tomar otra criada para el servicio de la casa—contestó Jorge.